



Desde

8

años



EL LEÓN JARDINERO

ELSA PUNSET

ILUSTRACIONES DE KIM AMATE

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© 2012, Elsa Punset

© 2015, por las ilustraciones: Kim Amate

© 2015, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4634-9

ISBN 10: 958-42-4634-8

Primera impresión: octubre de 2015

Segunda impresión: junio de 2016

Tercera impresión: enero de 2017

Cuarta impresión: agosto de 2017

Quinta impresión: diciembre de 2017

Sexta impresión: febrero de 2018

Séptima impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

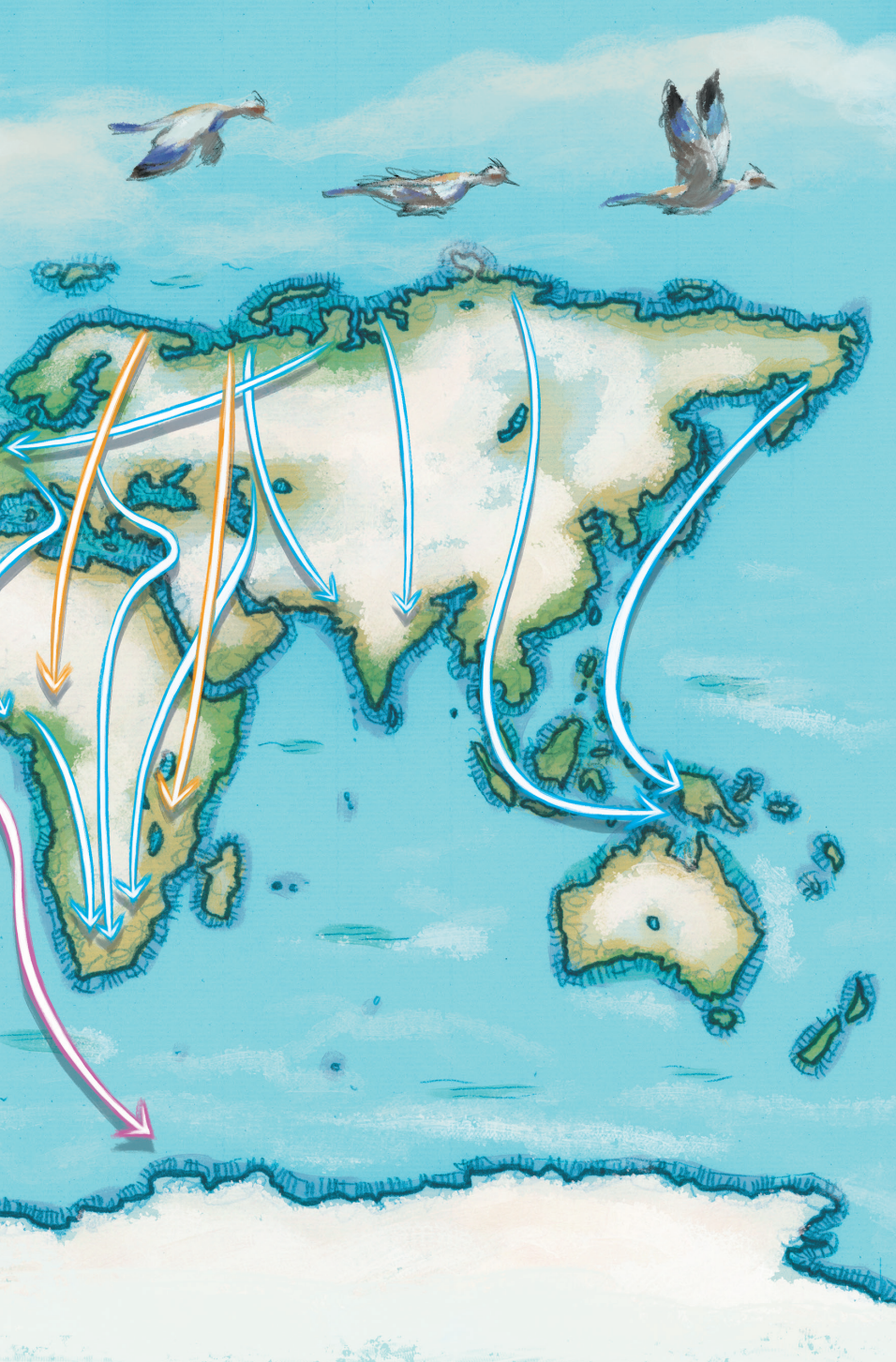
ELSA PUNSET (biografía)

Es una homo sapiens curiosa y alegre, especialista en inteligencia emocional y autora de varios libros. En su página web (www.elsapunset.com) podrás descubrir más cosas sobre ella.



PRINCIPALES RUTAS
MIGRATORIAS DE LAS AVES

- Aves Marinas
- América del Norte
- Ártico
- Europa y Asia
- América del Sur



Para F.

Semper in pectore nobis domus





Conozco a un león que tiene los ojos azules como el mar. Tal vez les parezca un poco extraño que un león no tenga los ojos del color de la miel dorada o de las castañas relucientes... Pero este león, que vive en mi corazón, es especial. Por eso quiero compartir su historia con ustedes, una historia que empezó en un rincón polvoriento y algo borroso de África al que llegué, exhausto y hambriento, un atardecer de otoño...



Todo empezó semanas antes, cuando el invierno asomó su nariz en Europa y em-

pezaron las migraciones... Pero, ¡un momento! ¿Han oído hablar de las migraciones? Así se llaman los largos viajes que hacemos algunos pájaros para encontrar un lugar agradable en el que pasar el duro invierno. Los humanos que yo conozco no migran, calientan sus casas para resistir el frío. Yo en cambio recorro miles de kilómetros en bandada a través de mares y desiertos para pasar cada año el invierno en un lugar cálido y tranquilo. Y algunos se preguntarán: ¿merece la pena volar miles de kilómetros para encontrar, durante sólo unos meses, un nuevo hogar? ¿Merece la pena soportar peligros y un gran cansancio? Ciertamente, muchos pájaros prefieren quedarse en casa sumidos en el invierno y esperan, pacientes y congelados, el regreso del buen tiempo y de la comida abundante. Pero yo, tras disfrutar de la primavera y del verano del norte, cuando el invierno asoma su frío aliento

y mis pajarillos están al fin criados y han echado a volar, me siento libre y fuerte para volar paciente junto a cientos de miles de pájaros hacia los sabores, los olores y el calor de África. ¡Me estremezco sólo con recordarlos! A mitad de camino hacemos un largo y delicioso alto en una isla en medio del mar para recuperar fuerzas y engordar un poco antes de retomar el viaje. Y al fin, tras varias semanas más de vuelo, llegamos al sur de África, mi segundo hogar. Y es aquí, en esta llanura africana, donde empieza la historia que les quiero contar...

No podía con mi alma cuando llegamos a la llanura, al atardecer. ¡Estaba exhausto! Así que me acurruqué en el bosque de bambúes salvajes donde se había refugiado

la bandada para reponer fuerzas hasta el día siguiente. La noche pasó veloz como un aleteo. Desperté, y con el frescor del amanecer llené mis ojos con la luz dorada de la llanura, bebí el agua del rocío y acallé el hambre con unos mosquitos sabrosos de patas largas que revoloteaban a ras de tierra.

¡Estaba impaciente! Les diré por qué. Tengo un nido en África, en un rincón de la pradera. Es un nido pequeño y discreto, un refugio perfecto porque, a menos que sepas mucho de nidos, no llama la atención y nadie lo ocupa. Estaba deseando encontrarlo, pero no crean que encontrar un nido escondido en un árbol en una pradera inmensa es tarea fácil. En la llanura no hay calles ni direcciones, y aunque cada árbol y cada colina sean un poco diferentes a los demás, tardas en orientarte... Y es que cuando llegas a África después de la neblina apaci-

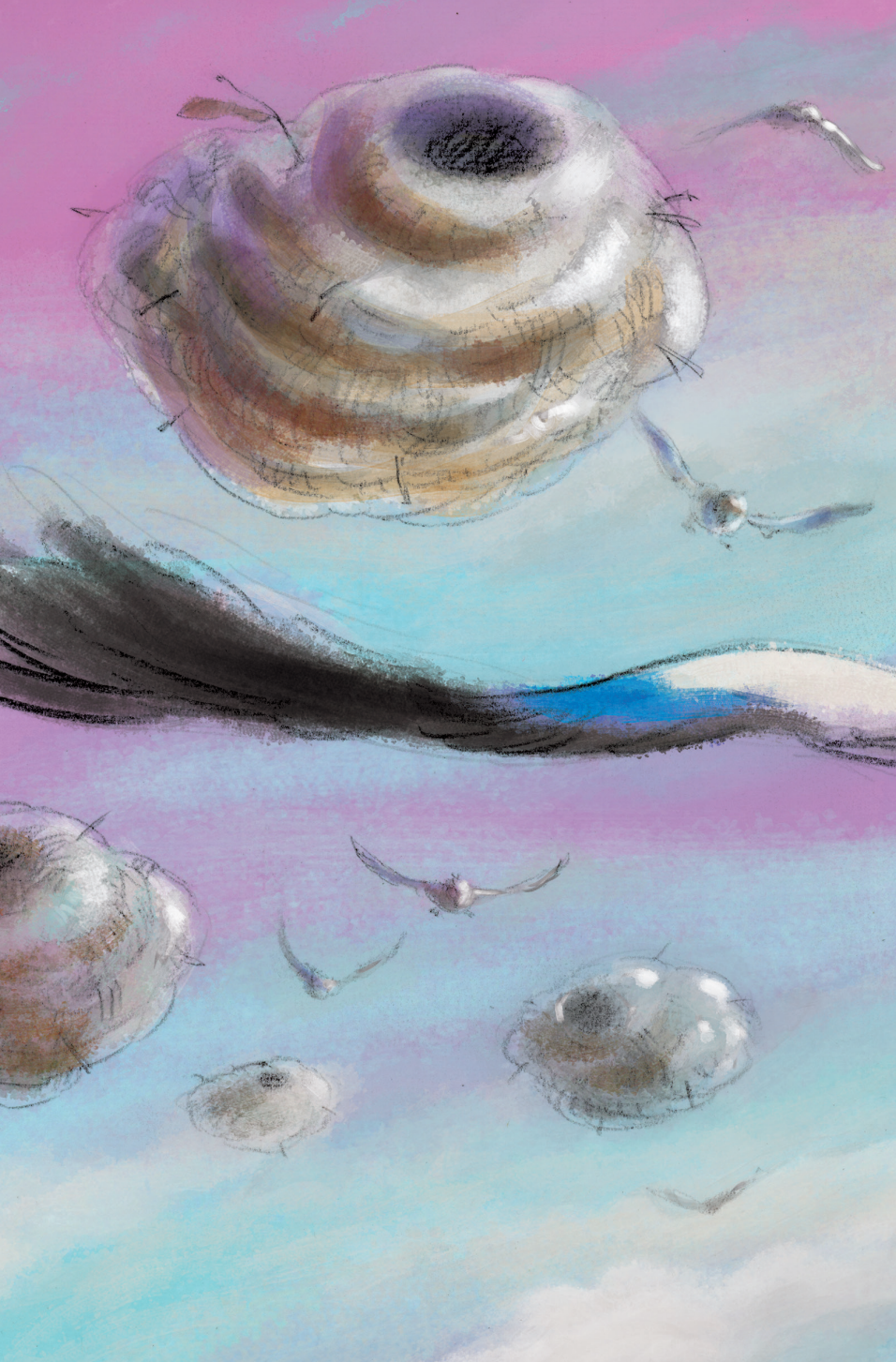
ble y monótona de los países del norte, te deslumbran la luz y la inmensidad y te sobrecogen los sonidos estridentes que atraviesan el aire caliente como las garras de un felino. Pero al cabo de unas horas, cuando el sol te atraviesa las plumas hasta calentarte los huesos y contemplas las nubes de extraños insectos que saben a gloria, ya sabes por qué has querido volar hasta aquí...

Esa mañana, como les estaba diciendo, salí en busca de mi nido. Siempre —y aquél era mi cuarto viaje a África— había logrado reencontrarlo. A veces me costaba más, a veces menos, pero los pájaros, como los humanos, tenemos un instinto especial para encontrar las cosas que nos importan. No sabría explicar bien qué es, sólo puedo decirles que es como si escuchase la llamada de mi nido desde dentro, como si un hilo invisible nos conectase. Claro que no siempre lo consigo a la pri-

mera: si estoy desconcentrado, o si estoy hambriento o triste, entonces no siento mi nido. ¿No les pasa a ustedes? Imagino que, como a mí, les cuesta sentir las llamadas de las cosas que les importan cuando están inquietos, tristes o enfadados. Para relajarme, yo hago esto: me poso tranquilo en una rama alta donde no haya monos, ni serpientes, ni pájaros ruidosos como los periquitos, que me desconcentran. Entonces contemplo la llanura y me lleno de los colores, los olores y el horizonte tembloroso. No pienso en nada concreto, sólo siento y me dejo llevar. Así es como lo hago, sin forzar los recuerdos del nido ni dejar que me invada el miedo a no encontrarlo. Poco a poco crece la llamada y cuando ya la siento más clara, sin prisa alzo el vuelo y la sigo. Y hasta hoy, así es como siempre he conseguido reencontrar mi viejo nido.

Aquella mañana no fue diferente a las demás. Elegí un árbol desgarrado y solitario, me posé en una rama alta y me dejé llevar. Sur, suroeste..., de árbol en árbol, me fui orientando poco a poco en esta inmensidad amarilla y verde que llamo mi hogar en África. Reconocí los rincones de la pradera que había sobrevolado el año anterior y evité los lugares más inhóspitos, como las entradas de las madrigueras más escondidas y las rocas donde viven familias de serpientes. No sabría decirles si el tiempo que tardé fue corto o fue largo, pero recuerdo que el sol estaba ya bien alto en el cielo cuando encontré mi nido, disimulado y protegido entre dos ramas altas cruzadas como los dedos de una mano. Es un nido estupendo y canté de felicidad. Era una mañana perfecta.







Les cuento eso de que era una mañana perfecta y me río al hacerlo, porque en ese mismo momento... ¡se me vino el mundo encima! Ocurrió lo siguiente: volaba veloz hacia mi nido cuando a punto estuve de darme de narices con el ser más terrible que se puedan imaginar. ¡Era un enorme gato! ¡Gigantesco! ¡Espantoso!... Sí, sí..., era de esos que llaman «leones» en África. En mi casa del norte, los leones viven en zoológicos y allí les puedo asegurar que no dan tanto miedo. En África, en cambio, los leones viven en la pradera y mandan mucho. Pues, justo debajo de la rama que alberga mi querido nido, dormía un león inmenso... ¿Qué podía hacer? ¿Quién iba a fiarse de un árbol a cuyos pies vivía un león gigante?

Revoloteé nervioso alrededor de mi árbol sin atreverme a llegar hasta el nido. De haber entrado, ¿quién sabe si ese león hubiese podido trepar y atacarme? Prefe-

rí observar antes de arriesgarme, porque sé por experiencia que, a veces, si simplemente esperas y observas encuentras una solución. Y la solución llegó cuando el león al fin se desprendió, agitó su gran crin al viento y se alejó de mi árbol. Imaginen con qué alegría volé entonces hasta mi nido y con qué alivio me metí dentro. Durante horas, lo limpié y lo reparé. Ahora por fin sí que sentía que había llegado a casa para pasar unos meses cálidos y seguros.

Traía el pico lleno de pequeñas pajas doradas para tapar un agujerillo y darle así los últimos retoques al nido... ¡Y entonces ocurrió otra vez! Al acercarme a mi árbol vi que el león se había instalado allí de nuevo. Mis ánimos decayeron en ese

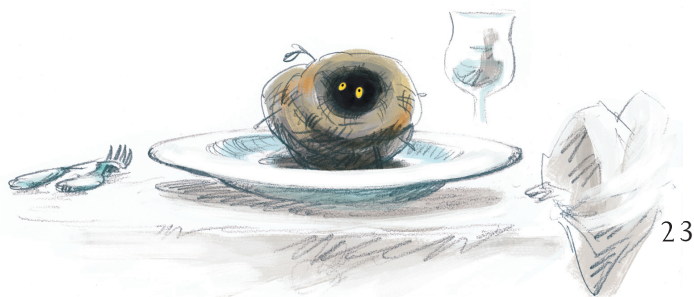




momento: si un león regresa dos veces seguidas al mismo árbol, probablemente sea porque se ha encaprichado de ese árbol y lo considera su casa. Suspiré, solté las pajas y me posé en un árbol vecino para poder pensar tranquilo.

Ésta era la situación: mi árbol y mi precioso nido no eran sólo míos. Allí vivía también aquel gigantesco gato traicionero. Bien, ¿cuántas posibilidades había de que el león llegase hasta mi nido? ¿Qué piensan ustedes? Yo, cuando estoy agitado, respiro hondo porque eso me tranquiliza. Así que respiré hondo. Entonces me di cuenta de que había pocas posibilidades de que ocurriese lo peor. El león era grande y el nido muy pequeño. Había que trepar para llegar hasta allí. Y aquel león, constaté, ya no era tan joven. Era un león de crin ciertamente magnífica pero un poco descolorida. Ese león ya habría vivido lo suyo. Habría reído y habría llo-

rado, habría comido pájaros para bromear, habría trepado a las ramas bajas de los árboles para asustar algún mono travieso y sin duda habría tonteado con las leonas a lo largo y ancho de la llanura. Y ahora, ese león tenía seguramente mejores cosas en las que emplear su tiempo que en comerme a mí, un pajarillo desgarrado, silencioso y muy educado. Me animé además al percatarme de que, para poder hincarme el diente, el león tendría que zamparse el nido entero, que por cierto formaba una bola compacta de barro y ramitas secas y crujientes que me llenaba de orgullo, pero no podía creer seriamente que ningún león, sobre todo uno tan majestuoso y tranquilo como ése, quisiese llenarse la boca con un nido seco y duro.



Y así me fui calmando. Esperé a que el león se alejase de nuevo de mi árbol rumbo a no sabía dónde y me instalé definitivamente en mi nido. Si las cosas se ponían feas, siempre podía regresar con el resto de la bandada a los bambúes salvajes. No estaba sin techo, por así decirlo. Yo suelo visitar a la bandada todos los días para enterarme de los chismes de la llanura y charlar y cantar un rato a gusto con ellos, pero prefiero vivir por mi cuenta: soy un pájaro reposado y me agobian un poco el ruido y el ajetreo del bosque de bambúes salvajes. Es cuestión de carácter.

Durante los siguientes días mantuve un ojo atento sobre mi nuevo e indeseable compañero de árbol. Pero, como había

previsto, el león resultó ser un vecino tranquilo. No intentó trepar al árbol, aunque a veces hincaba sus uñas en la corteza con grandes rugidos. Con el paso de los días me fui envalentonando y alguna vez pasaba volando debajo de las narices del león y me metía en el nido con el corazón palpitando para ver cómo reaccionaba. Pero él ni me miraba. Parecía no importarle nada lo que yo pudiese hacer por encima de su majestuosa cabeza. Así que poco a poco me fui relajando.

Al cabo de un tiempo compartíamos el árbol sin molestarnos. Yo salía largas horas a tomar el sol en mi rama preferida. Hasta empecé a alegrarme de la presencia del león porque tenía, como comprobé pasados unos días, una ventaja clara: le quitaba las ganas a cualquier mono o serpiente de trepar hasta nuestro árbol. Así que lentamente, sin casi darme cuenta, empecé a apreciar la presencia de mi compañero y